

# ¿La edad ingrata?

Los jóvenes. Esa especie grupal, que irrumpe en el compuesto mundo adulto desparpamando alegría desenfadada. Jóvenes despreocupados, con las ganas de vivir a flor de piel, de entusiasmo fácil, ricos en buen humor, sorprendentes con su risa explosiva y cantarina.

Jóvenes con más interrogantes que respuestas, asomándose a la vida con audacia e inseguridad. Jóvenes hinchados de esperanza, rebeldes ante formalismos, soñadores de un mundo mejor.

Jóvenes asediados por el consumismo, ávidos de probarlo todo, contagiados de mimetismo, escaldados por experiencias infelices, desconfiados ante un mundo supuestamente ya hecho.

Jóvenes ávidos de libertad, sometidos a interminables años de prisión en aulas grises. Rebosantes de energía que derrochan con desparpajo, ocultando tragedias tempranas bajo una endeble capa de dureza.

Jóvenes con anhelos infinitos, ahogados por una cultura mediocre o mutilados por la pobreza cruel que recorta despiadada las ansias de volar.

Jóvenes con el corazón abierto a Dios, recelosos de una iglesia que les huele a rancia.

Jóvenes volubles, fluctuantes entre exaltación y depresión, compañerismo y soledad, proyectos y desilusiones.

Corazones jóvenes ansiosos de amar, impacientes ante la disciplina que el amor exige.

Jóvenes con alardes de autonomía, agradecidos de una mano amiga que los ayude a vivir sensatamente el torbellino de su vida.

Jóvenes desconfiados del mundo adulto, sólo asequibles por la vía del corazón.

Jóvenes capaces de santidad, vulnerables a toda aberración moral.

Los jóvenes, ese territorio nunca suficientemente explorado, abundante en promesas y plagado de desencantos.

Universo juvenil, fresco e intimidante, promisorio e indigente, que fascinó a Don Bosco.

Los jóvenes, campo de misión de los salesianos. Razón de nuestra espiritualidad y de nuestra existencia.

«¡Si tuvieran una mano amiga...!» –habría exclamado Don Bosco.

Heriberto Herrera

